

## El vino negro de la melancolía

**L**OS orígenes, secretos y misterios de la melancolía no le son ajenos a Roger Bartra. Antes de publicar en 2001 *Melancolía y cultura. Las enfermedades del alma en la España del Siglo de Oro* (cuya edición revisada se edita ahora, aunque con anterioridad ya se había hecho

en inglés e italiano) este investigador de la UNAM (ahora emérito) ya había publicado *La jaula de la melancolía* y más recientemente *La melancolía moderna*. Esta enfermedad del alma tiene su origen en la bilis negra, y tradicionalmente se había asociado con la pereza y el desorden mental.

Aristóteles, en el texto conocido como *Problema xxx*, I reflexiona sobre la melancolía y le da una vuelta de tuerca. Según él, «todos los hombres excepcionales son melancólicos». Consigue relacionar genio y melancolía, y la revaloración que hace de esta patología se extendió en el Renacimiento a través del influjo de Petrarca, otro de los grandes melancólicos que en el mundo ha habido.

Como enfermedad, la melancolía ha traspasado el campo de estudio de la medicina para impregnar la vida social y política. Nada escapa a esta dolencia: desde la posesión demoniaca asociada a la brujería hasta el amor pasional, la vida de la corte o la acedia que padecían muchos religiosos. No hay ámbito que no haya permeado. Todo lo ha infiltrado hasta el punto de que Bartra entiende la melancolía como cultura y la cultura como melancolía. Se trataría de una misma realidad y respondería al machadiano verso de «se canta lo que se pierde».

Las relaciones entre vida y cultura siempre son complejas; no es fácil determinar sus límites, aunque muchos creen que la obra de teatro *El melancólico*, de Tirso de Molina, está inspirada en Felipe II. Desde el siglo XII Maimónides ya había señalado que la melancolía era propia de reyes, y a lo largo del siglo XVI en España se puede observar que la vida de la corte producía esta dolencia. Fueron muchos los hidalgos y campesinos que se acercaron a las ciudades tratando de mejorar sus rentas, pero en la corte cada vez había menos que hacer y lo más que lograba la mayoría era pasar el tiempo. Como ejemplo tenemos el testimonio de fray Antonio de Gue-

vara. En *Menosprecio de corte y alabanza de aldea* este escritor renacentista se lamenta de los años que pasó allí.

La enfermedad se conocía en la Antigüedad y abundaban los hombres melancólicos en aquella época, y en el Renacimiento la impulsaron Marsilio Ficino o Francesco Petrarca. Pero según Bartha, durante el Siglo de Oro España se convertirá en el amplificador de la melancolía en Occidente. En el paso del Medieval a la Modernidad en nuestro país se produce la expulsión de los judíos, y tradicionalmente la melancolía se había relacionado con ellos. El primero en afirmar que la melancolía ibérica tiene justificación en los conversos fue Américo Castro. En literatura además encontramos muchos escritores de origen judío, como es el caso de Diego de San Pedro o Fernando de Rojas, autores, respectivamente, de *Cárcel de amor* y *La Celestina*, obras en las que se aborda el amor pasional, fuente sin duda de muchas tristezas y congojas. También sucede con los principales autores religiosos del siglo XVI: santa Teresa de Jesús, san Juan de la Cruz y fray Luis de León. Los tres eran de origen converso y tenían personalidades melancólicas que en el caso concreto de san Juan de la Cruz rayaba la depresión, de ahí que para dar cuenta de sus experiencias místicas recurriera a sus vivencias personales, como es la mención de la noche oscura.

Los finales de siglo son especialmente melancólicos porque en lo que acaba siempre hay algo que no pudo ser. Quien dice finales dice también principios porque no es hasta mucho tiempo después cuando se advierte que el tiempo ha echado andar. Es el

caso del *Quijote*, cuya escritura se llevó a cabo antes de 1605, fecha en la que se publicó la primera parte. Mucho se ha discutido sobre si el carácter de don Quijote es colérico o melancólico. No creo que merezca la pena mencionar los diferentes estudios; tampoco con esto quiero decir que sean debates estériles, pero lo cierto es que en la cultura occidental influye la obra de Cervantes y no los estudios sobre esta.

Aunque en este periodo hay personajes melancólicos como Segismundo o Hamlet, para Bartha don Quijote es el que más ha influido en toda Europa. Tanto la hidalguía como la caballería habían perdido su función en el Siglo de Oro, y este personaje encarna la recuperación de esos viejos valores que ya no tienen ningún sentido. A través del retrovisor sigue mirando hacia atrás, y esto mismo es lo que después harán los románticos y modernistas en el siglo XIX. Pero en el caso de don Quijote su melancolía es más compleja. Cuando se convierte en un caballero andante e intenta revivir la historia de los libros que ha leído, nada saldrá según su parecer, al contrario, y sólo cuando está a punto de morir es consciente del engaño en

que ha vivido. En ese momento se da cuenta de su soledad, de su soledad en un mundo que ya no es el que creía ser, y esta soledad será la distintiva de la Modernidad.

Sabemos que el suicidio de Werther generó una ola de imitadores en Europa, pero la influencia de don Quijote no sabemos hasta dónde pudo alcanzar. Las grandes obras tienen la capacidad de traspasar su tiempo, y la locura de este personaje, dice Bartha, es «el eslabón de una larga cadena que todavía nos une con la Antigüedad, el Medievo y el Renacimiento». Adviértase que dice *nos une*, por lo que la melancolía sigue guardando relación con la desorientación del hombre contemporáneo en la sociedad que le ha tocado vivir. La melancolía es la nueva mentalidad que se establece con la Modernidad, y el fracaso de esta nueva mentalidad es lo que se critica en el *Quijote*, precisamente la primera novela moderna. —VÍCTOR ANGULO.

Roger Bartha, *Melancolía y cultura. Las enfermedades del alma en la España del Siglo de Oro*, Barcelona, Anagrama, 2021.